

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 14 DE JULIO DE 1882.

NUM. 26.

SUMARIO.

1. Vestido negro.—2. Traje para niñas de 6 á 7 años.—3. Traje de recibir.—4 á 6. Tres camisas de señora.—7. Abanico de raso con ramo de flores.—8. Camisolín.—9. Cuello de Valenciennes.—10. Canastilla-saco.—11 y 12. Redondel para servilletas.—13 á 15. Tiras bordadas.—16. Entredós bordado.—17. Fichú Rosita.—18 y 19. Traje de mañana.—20 y 21. Traje de teatro.—22 y 23. Manteleta elegante.—24. Cuello duquesa.—25. Chorrera.—26 y 27. Abrigo-visita.—28. Casacaquin de raso maravilloso.—29. Cuello-esclavina.—30 y 31. Paletó amazona.—32. Vestido color de malva.—33 y 35. Traje de paseo.—34. Vestido de raso. Explicacion de los grabados.—Los pájaros, por D. Ginés Alberola.—¡Ella!, por D. Eduardo de Palacio.—La Luna, poesía, por don Diego Fallon (colombiano).—Dos Angeles (continuacion), historia vulgar, por D. Eusebio A. Escobar.—Revista de Modas, por V. de Castelfido.—Explicacion del figurin iluminado.—Soluciones.—Suelto.—Advertencia.

Vestido negro.—Núm. 1.

Este vestido, á propósito para paseos y visitas, es de raso y tul bordado. Falda redonda de raso, adornada con un bullon grueso. Sobrefalda de tul bordado, ligeramente fruncida en el talle y en las caderas. Corpiño de raso con aldeta pequeña, ribeteada de un bullon. Este corpiño se abrocha oblicuamente, va abierto en cuadro y rodeado tambien de un bullon. Un fichú de tul cruzado abrocha lo alto del corpiño. Mangas semi-largas, con bullon de raso.

Traje para niñas de 6 á 7 años. Núm. 2.

Vestido de lanilla fina, guarnecido de bordados azules. Falda redonda con pliegues. Túnica igual, recogida por detras bajo un lazo de moaré. El cuello grande de moaré y las mangas van guarnecidas del mismo bordado.

Traje de recibir.—Núm. 3.

Es de raso bordado y brocatel. Falda de brocatel, redonda, plana y guarnecida, en el borde inferior de los bullones, de raso. Sobrefalda con cenefa bordada, cruzada por un lado y recogida por detras. Corpiño de brocatel, largo y abrochado á un lado, con mangas semi-largas. Banda de seda lisa, anudada por detras.

Tres camisas de señora. Núms. 4 á 6.

Núm. 4. Camisa de batista, escotada en forma de corazon, y guarnecida de



1.—Vestido negro.

2.—Traje para niñas de 6 á 7 años.

3.—Traje de recibir.

A. GUYOT
PRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

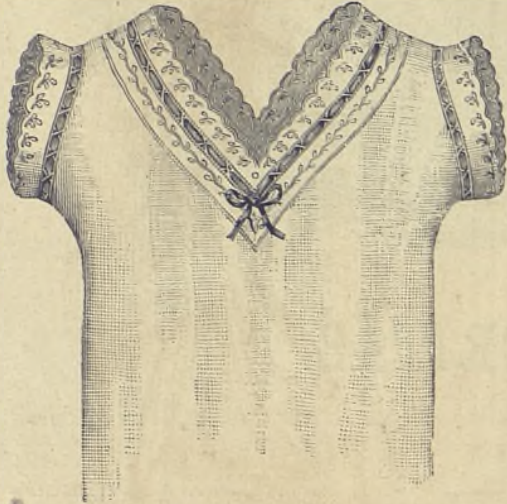
Valenciennes formando entredoses, por donde pasa una cinta.

Núm. 5. Camisa de batista, con nesgas fruncidas y adornada, como la anterior, con Valenciennes y cintas.

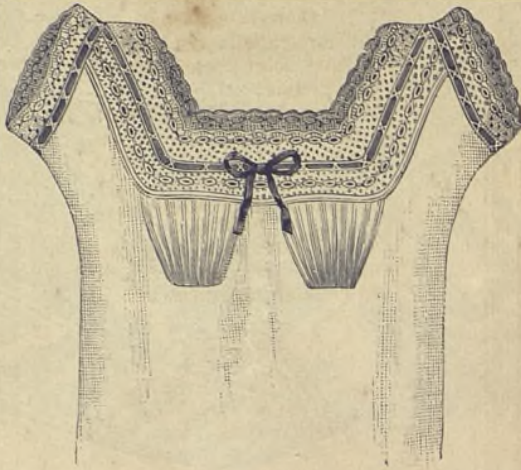
Núm. 6. Camisa de batista, guarnecida de encaje de Valenciennes, cruzada por delante con barreta bordada para sujetar el encaje.

Abanico de raso con ramo de flores.—Núm. 7.

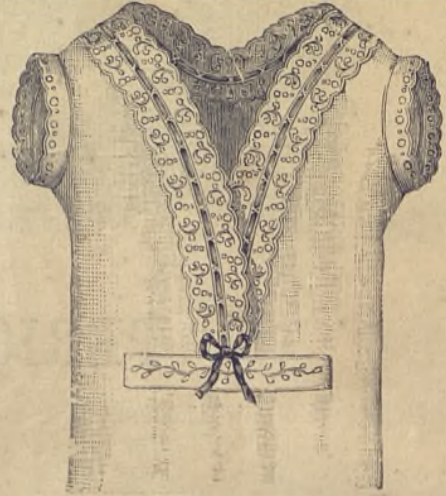
Se le hace de raso de todos colores, igualándolo con el traje, y se borda un ramo grande de flores de colores que



4.—Camisa de señora.



5.—Camisa de señora.



6.—Camisa de señora.

armonicen con el fondo. El varillaje es de madera, incrustado de oro ó plata.

Camisolín.—Núm. 8.

Este camisolín se hace de raso maravilloso de todos colores, y se le adorna con un tableado de crespón y encaje en el escote.

Cuello de Valenciennes.—Núm. 9.

Este cuello es de encaje de Valenciennes y va abrochado con un lazo-chorrera de fular color crema mezclado de encaje.

Canastilla-saco.—Núm. 10.

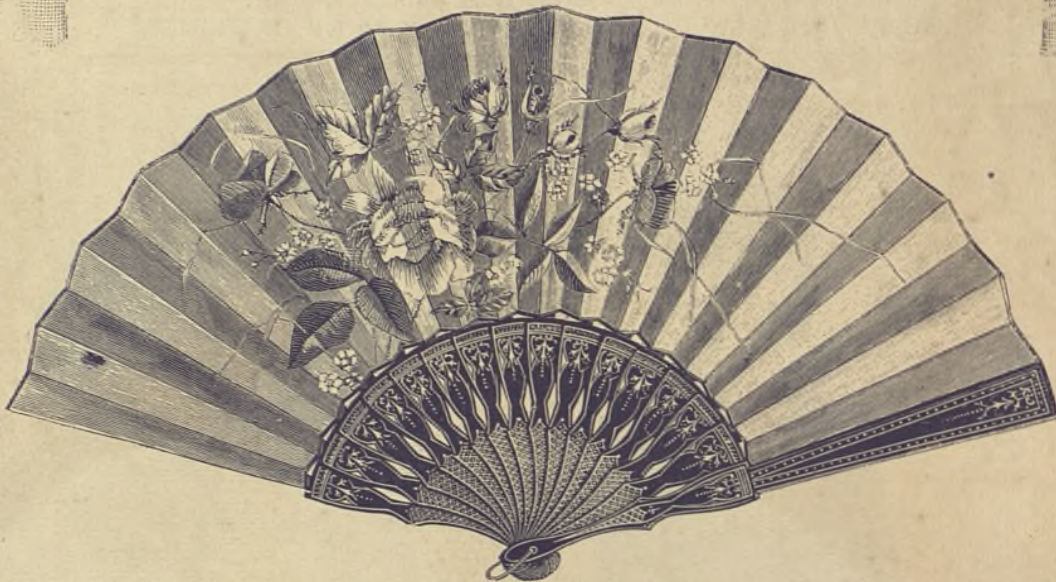
Se adorna esta canastilla con aplicaciones de felpa bordada por cada lado. La parte que forma el saco es de raso y va cerrada en lo alto con cordones y borlas. El asa de la canastilla va rodeada de un cordón terminado en borlas.

Redondel para servilletas. Núms. 11 y 12.

El dibujo 11 representa el conjunto del redondel ó abrazadera, y el dibujo 12 representa, de plano, la parte de encima ó parte adornada, que podrá reproducirse fácilmente calcando nuestro dibujo. El fondo es de terciopelo granate y va bordado al feston, con torzal de color de oro antiguo. El medallón, en cuyo centro van bordadas las iniciales, es de raso azul pálido, con el cual se borda también la abrazadera. Los bordes exteriores van rodeados de un cordón igual al bordado.



8.—Camisolín.



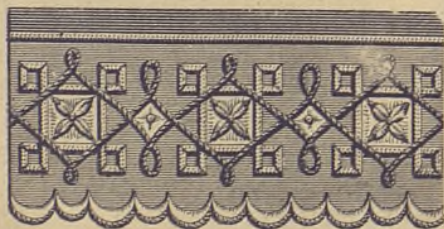
7.—Abanico de raso con ramo de flores.



10.—Canastilla-saco.



9.—Cuello de Valenciennes.



13.—Tira bordada.



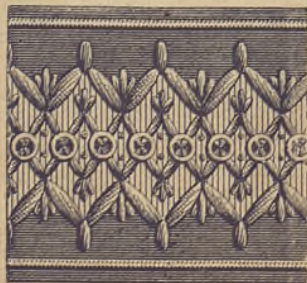
11.—Redondel para servilletas. (Véase el dibujo 12.)



15.—Tira bordada.

Tiras bordadas. Núms. 13 á 15.

Núm. 13. Se la borda con cordones de dos colores, que sirven también para rodear unas aplicaciones pequeñas, que contrastan con el fondo, el cual puede ser de paño fino, terciopelo ú otra tela.



14.—Tira bordada.



12.—Detalle del redondel para servilletas. (Véase el dibujo 11.)



16.—Entredos bordado.

Las ondas van bordadas, al feston, con seda del color de las aplicaciones.

Núm. 14. Va bordada, al punto lanzado, con lana y seda sobre paño grueso azul, granate, verde aceituna, con aplicaciones de un color que resalte sobre la parte clara.

Núm. 15. Esta tira va bordada al plumétis, con aplicaciones de tul y ondas festoneadas. Se la puede emplear para lencería.

Entredos bordado.—Núm. 16.

Se le borda sobre tul, con hilo flojo ó seda blanca. Se podría ejecutar asimismo este dibujo con cuentas, sobre tul negro ó de color.

Fichú Rosita.—Núm. 17.

Es de encaje *ficelle*, y forma un cuello con chorrera, adornado con un ramo de rosas.

Traje de mañana.—Núms. 18 y 19.

Es de tela de lana y algodón color beige. Delantero: Falda plegada al traves; en el borde inferior, tres tableaditos finos de raso del mismo color. Corpiño-polonesa, con aldetas muy largas, forradas de raso y dobladas. Manteleta igual al vestido. Esta manteleta va representada por los dibujos 22 y 23, cuya explicación damos más adelante.

Espalda: Falda redonda. En medio va un paño, cuyos pliegues caen sobre la falda. Un lazo grande con hebilla va puesto más abajo de la cintura.

Traje de teatro. Núms. 20 y 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. 1, figuras 1 á 6 de la *Hoja-Suplemento* que acompaña al presente número.

Manteleta elegante. Núms. 22 y 23.

Esta manteleta, que completa el traje de mañana (dibujos 18 y 19), puede hacerse de cualquiera tela igual al vestido. Los paños de delante van cruzados y anudados, y adornados en su extremidad con lazos de color claro. Un vivo de raso ribetea el borde de la manteleta. El cuello, vuelto, es también de raso. Por detrás la manteleta va abierta hasta la cintura, donde un lazo reúne los pliegues.

Cuello duquesa. Núm. 24.

Es de tela bordada, con chorrera en forma de

conchas, la cual termina en dos lacitos de cinta de raso.

Chorrera. — Núm. 25.

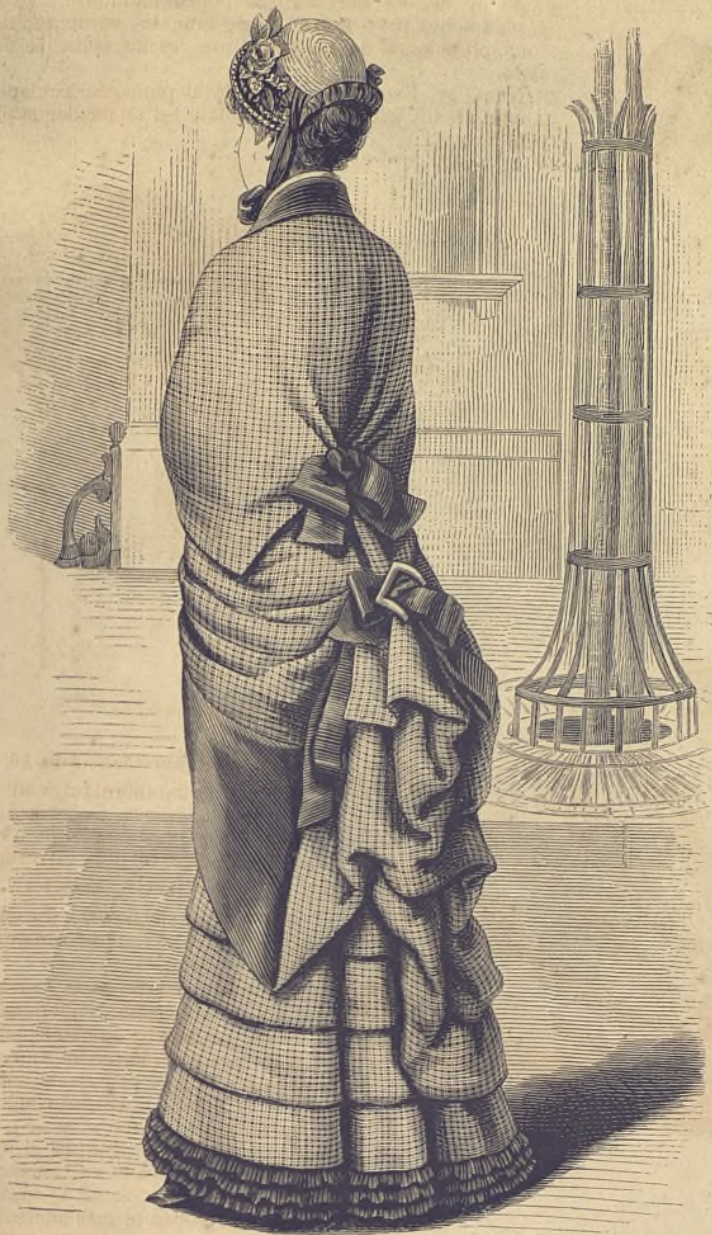
Chorrera milanese, de encaje milanese color crema, con una rosa grande.

Abrigo-visita. — Núms. 26 y 27.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figs. 18 y 19 de la *Hoja-Suplemento*.

Casaquin de raso maravilloso. Núm. 28.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, figs. 20 á 22 de la *Hoja-Suplemento*.



18.—Traje de mañana. Espalda.



17.—Fichú Rosita.



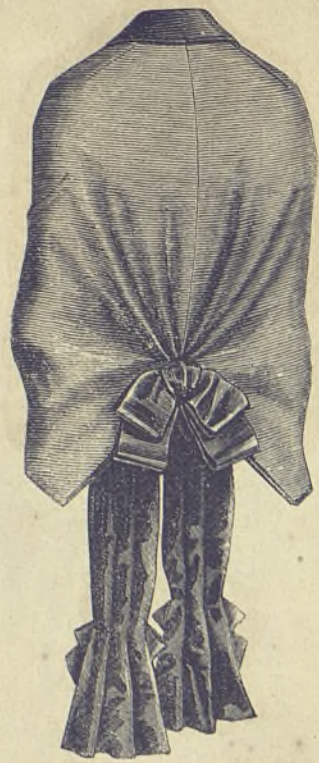
19.—Traje de mañana. Delantero.



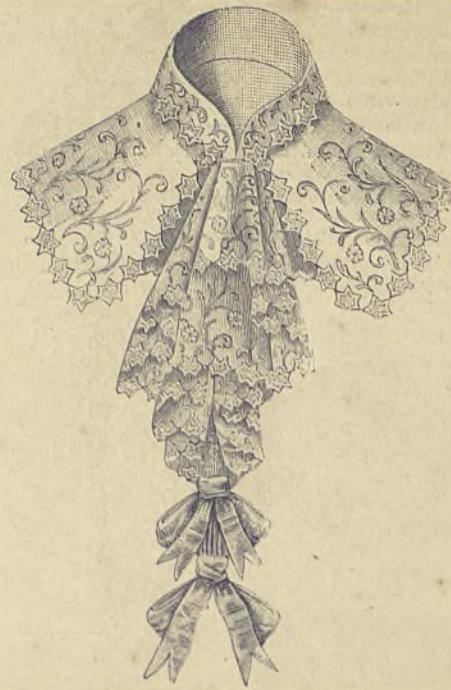
20.—Traje de teatro. Delantero. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 6 de la Hoja-Suplemento al presente número.)



21.—Traje de teatro. Espalda. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 6 de la Hoja-Suplemento al presente número.)



22.—Manteleta elegante. Espalda.



21.—Cuello duquesa.



26.—Abrigo-visita. Espalda.
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 18 y 19 de la Hoja-Suplemento.)



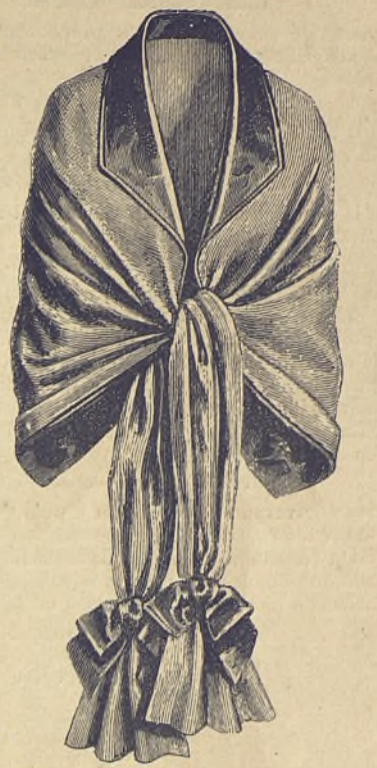
24.—Casaca de raso maravilloso.
(Explic. y pat., núm. V, figs. 20 á 22 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Abrigo-visita. Delantero.
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 18 y 19 de la Hoja-Suplemento.)



25.—Chorrera.



23.—Manteleta elegante. Delantero.



32.—Vestido color de malva.
(Explic. y pat., núm. III, figs. 13 á 17 de la Hoja-Suplemento.)

33.—Traje de paseo. Espalda.
(Véase el dibujo 35.)



20.—Cuello esclavina.



30 y 31.—Paloté amazona. Espalda y delantero.
(Explic. y pat., núm. II, figs. 7 á 12 de la Hoja-Suplemento.)



34.—Vestido de raso.

35.—Traje de paseo. Delantero.
(Véase el dibujo 33.)

Cuello-esclavina.—Núm. 29.

De punto de Venecia, con dos hileras formando conchas por delante. El escote va fruncido y guarnecido de un cuello en pié.

Paletó amazona.—Núms. 30 y 31.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II, figs. 7 á 12 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido color de malva.—Núm. 32.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. III, figuras 13 á 17 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de paseo.—Núms. 33 y 35.

Es de lanilla color de mostaza, adornada de placas bordadas. Falda con cuatro volantes tableados, adornados de bordados de un color diferente del vestido. Un tableadito de seda oscura va puesto bajo cada volante. Banda corta de tela igual. Corpiño cerrado por detras, alto y con aldetas escondidas bajo la banda. Manga larga, con carteras bordadas. La banda forma por detras un lazo grande, que termina en dos puntas.

Vestido de raso.—Núm. 34.

De raso de verano color violeta y pekin blanco y violeta. Falda redonda, con tableados anchos de raso y pekin. Sobrefalda recortada en ondas festoneadas. Corpiño alto, adornado de pliegues de raso y bordado. Mangas largas, terminadas en una cartera bordada y un tableado de pekin.

LOS PÁJAROS.

«Nace el ave, y con las galas
Que le dan belleza suma,
Apénas es flor de pluma
O ramillete con alas,
Cuando las etéreas salas
Corta con velocidad».

CALDERON.



¡DICE bien el sublime poeta autor de *La Vida es sueño*. Los pájaros son los niños mimados de la Naturaleza, los seres más libres de la tierra, los favoritos de la creacion. Sus plumajes se hallan engalanados con los matices más varios y más resplandecientes. Nadie como ellos tiene el privilegio de moverse en el espacio, ora revoloteando en busca del insecto que corre de flor en flor, ora elevándose á lo más alto de las regiones aéreas, y sosteniendo encarnizadas luchas con las victimas que combaten, ora, en fin, atravesando con rapidez asombrosa los montes y los valles, los arenosos desiertos del Africa y las hirvientes ondas del Océano.

En tanto que los mejores corredores de los mamíferos andan apénas cinco ó seis leguas por hora, ciertos pájaros atraviesan con facilidad veinte leguas en el mismo intervalo de tiempo. En ménos de tres minutos perdemos de vista un pájaro, por grande que sea. Y segun algunos naturalistas, un milano ó un águila que se elevan, y cuyo cuerpo tiene más de un metro de extension, recorren ochenta y seis leguas por hora. Un halcon enviado desde las islas Canarias á España al Duque de Lerma resultó en Andalucía á las diez y seis horas, cuya distancia representa un trayecto de doscientas cincuenta leguas.

Á esta rapidez vertiginosa en el vuelo reúnen las aves una vista penetrante y avizora. Sus ojos, en proporcion con el volumen de su cabeza, son grandes y abiertos; su retina posee un grado absoluto de perfeccion: es, sin disputa, el sentido más despierto en los pájaros. Así vemos con frecuencia que el águila, perdida como un punto en el espacio, cae de repente sobre la victima que atisba desde lo alto de los aires; que la golondrina, esa reina de los vientos, á pesar de su rápido vuelo, distingue claramente en su carrera el insecto que desea engullirse; que el vencejo, con sus ojos de lince, descubre un objeto de cinco líneas de diámetro á la distancia de más de trescientos piés.

Pero lo que más admiramos en los pájaros es la armonía de sus cánticos y la intensidad de sus amores. El canto de los pájaros es la expresion de sus sentimientos. Ellos cantan, no solamente por el placer particular que experimentan, sino tambien por admirar y suspender á quien los escucha. Despues que han lanzado al viento y retenido en el bosque sus trinos armoniosísimos, parece que se complacen, como gratiosos artistas, en hacer alarde de sus talentos, al ver cómo miran á todos lados para cerciorarse del efecto que han producido sus armonías. Varian de canto segun la estacion; pero nunca cantan con tanta sublimidad como en los primeros dias de la primavera, despues de haber pasado del período crítico de su vida, de la muda, durante cuyo tiempo parecen sumidos en una profunda tristeza y en un continuo silencio. Entónces, revestidos de nuevo y más luciente plumaje, cuyos matices rivalizan con las flores del campo que les circuyen, tórnanse, de tristes y silenciosos, en alegres y cantores. Se asocian á todos los ruidos y á todas las voces, á los cuales juntan sus poesías y sus ritmos salvajes. Y por analogía, por contraste, completan los grandes efectos de la Naturaleza. A los sordos estampidos de las olas oponen los pájaros de mar sus notas agudas y estridentes; al monótono zumbido de los árboles agitados por la brisa, la tórtola y cien pájaros más dan una dulce y triste asonancia; al despertamiento y al regocijo de las campiñas responde la alondra con su canto, y en el silencio de la noche, cuando todo duerme en la Naturaleza, y sólo despiertas se hallan las mudas y lejanas estrellas, lanza de su débil garganta el enamorado ruiseñor sus trinos y gorjeos, con tal arte, que, más que el canto

agorero de un ave, parece como una serenata sublime, entonada allá en el cielo, con entonacion divina, por los ángeles del Señor. Y así, de este inmenso concierto instrumental de la Naturaleza, de estos suspiros profundos que se escapan de sus flexibles gargantas, de estos varios sonidos que resuenan mágicamente en el universo, resulta una música vocal y perdurable, cuyas vivas y flotantes voces despiertan en el alma del místico la fe; en la inteligencia del poeta la inspiracion; en el pecho del guerrero el valor y el heroísmo, y en todos los humanos corazones el amor y el entusiasmo.

Nuestros paisajes aparecian mudos y tristes, desiertos y sombríos, sin estos gratiosos habitantes del aire, que dan la vida y la animacion á las campiñas y á las florestas. Cuando en el silencio de la noche todo duerme en la Naturaleza, cuya vida parece para siempre suspendida, de pronto oís los acentos salidos del espesor de los árboles, que se elevan al cielo como una protesta contra la muerte aparente de la animada creacion. Aseméjase entónces el canto de las aves á uno de esos gritos de dolor que se prolongan como un suspiro en el pecho. Pero más tarde, cuando las tinieblas de la noche desaparecen, como para abrir paso al brillante rey de los astros del cielo, y la bella luz de la naciente aurora aparece en el horizonte, y todo se vivifica, y todo se transforma, y todo renace sobre la tierra, los pájaros, unos se elevan á las alturas del espacio y se esconden entre las cenicientas y espesas nubes; otros, los más pequeños, revolotean, brincan y saltan de árbol en árbol y de rama en rama, lanzando al viento sonidos de manifiesta alegría; aquéllos, los más alegres, los soberanos de la música, entonan dulces y armoniosas endechas, y todos á un tiempo parece como que elevan un himno de alabanza y de reconocimiento al Dios de la creacion. ¡Qué variedad de tonos, y qué brillante raudal de voces en sus parecidos diversos! ¡Qué encanto en esta especie de flores vivas y voladoras, que, con sus espléndidos colores, atraviesan y embellecen los aires!

Los pájaros nos recuerdan, con sus dulces cánticos y sus continuados movimientos, los dias felices de la juventud y los juegos inocentes de la infancia. Como el niño en su primera edad perseguido, incansable y tenaz, las mariposas pintadas en los jardines floridos, así ellos saltan de arbusto en arbusto, de rama en rama, de rosal en rosal, hasta dar caza al diminuto insecto que se oculta en vano y en vano huye de su afilado é insaciable pico. Nada hay en la Naturaleza que despierte tanto el recuerdo de los primeros amores con su poesia; las noches á la reja con sus tiernos coloquios; las serenatas al pié de la ventana con su romanticismo clásico; la imagen hermosa de la mujer que un dia, por vez primera, abrió el alma al amor puro, como la endecha lanzada al viento en apacible noche de estío, por la luz plateada de la luna envuelto, sobre las ramas de los árboles posado, como la endecha, decia, del alegre ruiseñor. Ningun amante, por celoso que parezca, puede compararse con el ardiente y desconfiado pinzon, el cual no se separa de su hembra ni un minuto, mientras dura en su nido de musgo blanco la incubacion de los huevecillos grises. No son ¡ay! en sus amores tan constantes y tan fieles los hombres como las perdices apareadas.

Amad, pues, á los pájaros. Ellos son quienes nos anuncian, con sus trinos y sus gorjeos, el primer albor de la mañana y el último crepúsculo de la tarde; ellos nos dicen, con sus emigraciones periódicas á regiones distantes, que llega implacable el rigoroso invierno, y nos muestran, con su alegre arribo á nuestro país, que la primavera se aproxima; por su vuelo en capas superiores del aire, ó su vuelo terrestre, conocemos casi siempre los fenómenos meteorológicos de la atmósfera. Sus piés parecen suspiros; sus endechas parecen poemas de amor. Ellos son el encanto de los bosques y de los jardines. Confian en nosotros como pudieran confiar en sí propios. De igual suerte fabrican su nido en el rosal de nuestro huerto, que vuelan, confiados y serenos, sobre nuestras cabezas. Ellos son, en fin, el regocijo de los ojos, el recreo de los oídos, los confidentes fieles de mil conversaciones amorosas y los testigos mudos de infinidad de escenas campestres, á las cuales prestan indecible atractivo. Creedlo: las aves y las flores son la poesia de la Naturaleza.

GINÉS ALBEROLA.

¡ELLA!



RA el encanto de sus convecinos. ¡Qué dulzura de tono! ¡qué voz tan fresca! ¡qué vocalizacion! ¡cómo filaba las notas y atacaba las más agudas!

En algunas ocasiones, parecia que era algun ángel el que se lamentaba en las alturas. Las notas producidas por su preciosa boca penetraban á traves de los oídos y recorrían todo el interior del cuerpo de quien las escuchaba. ¡Qué vibraciones tan potentes!

Así tenia como locos á todos los representantes del elemento jóven y á varios galanes de carácter anciano, de los que vivían en la misma casa ó en las colindantes.

Comprenderán ustedes que no se trataba de un canario ó de un loro, sino de una tiple *assoluta*, que habitaba en la calle de....., número tantos, en Madrid.

Don Ruperto era un señor retirado no se sabía de qué; segun él, del servicio de las armas; al decir de los calumniadores y envidiosos, del servicio de una timba, donde *tallaba* mediante un corto estipendio.

Así, en tiempo de medicion de quintos, cuando alguien le preguntaba:

—¿De dónde viene V., D. Ruperto?

Respondia muy grave:

—De la talla.

Pero cesaron las operaciones de *talla*, y D. Ruperto se declaró retirado del servicio.

—¡Qué hermosa muchacha debe ser la vecina! —exclamaba, dirigiéndose á la patrona.

—Sí, no es fea—afirmaba la dama de carácter.

—¡Y yo, que no he podido verla aún!

—Es difícil; no sale de su casa más que en algunas noches.

—¡Hola! ¿Sale despues de oscurecer?

—Algunas veces.

—¡Malo!

—¿Por qué?, vamos á ver, ¿por qué? ¿No salgo yo tambien á esas horas para ir á la iglesia, y soy tan honrada como V. pudiera serlo?

—No; «como yo pudiera serlo», no, señora; como lo soy.

—Es un decir.

—Pero un decir mal.

Ya se sabía; en hablando del asunto de la vecina doña Magdalena y D. Ruperto, era sabido el desenlace; terminaban peleándose.

¡Pobre característica! ¡Verse desdeñada por aquel hombre, á quien habia sacrificado ya tres caseros, no pagándoles el importe de los alquileres por consecuencia de retrasos en el pago del pupilaje, que padecia D. Ruperto!

Pero éste no comprendia aquella pasion, ó fingia no comprenderla.

Afortunadamente, habia llegado á la casa, «que no era de huéspedes», segun el anuncio, un jóven que venia á Madrid á prepararse para caballería, por confesion propia, ó para abogado, ó para auxiliar en alguna dependencia del Estado; lo que antes *saliera*.

El mozo habia empezado á sentirse poeta en su pueblo, y pensó:

—En Madrid podré más fácilmente colocar *esos* dramas que tengo escritos.

Esos eran hasta dos docenas; el que ménos, en tres actos. Verle D.^a Magdalena y sentirse predispuesta al romanticismo más desenfrenado fué todo obra de un segundo.

El muchacho, entre la mujer y la patrona, optó por lo segundo, y apénas comprendió el amor que habia inspirado á D.^a Magdalena, reflexionó de esta suerte:

—Con lo que mi padre me manda podré vivir, pero económicamente: si me aborro el pupilaje, puedo destinar la cantidad mensual que reciba á mis diversiones particulares. Cargo con la pasion.

Pocos dias despues se habia declarado, y en la siguiente noche recibia D. Ruperto la orden terminante de nivelarse ó de buscar casa.

—¡Es V. una ingrata, señora! —gritaba como un energúmeno el retirado.—¡Atreverse á provocar una ruptura sin temor á mis accesos! ¡Yo soy un hombre que va siempre cargado!

Quien dice esto, dice el revolver, que no le abandonaba ni en el dia ni en la noche.

Pero el amor no conoce respeto ni miedo alguno, y la orden fué ratificada.

Sin embargo, el diablo, que es el peor convecino, segun dicen, dispuso los asuntos de manera que el jóven Gedeon, nombre del recién pupilo de D.^a Magdalena, oyese la voz de la vecina que ocupaba el piso inmediato superior.

—Esa voz revela una fisonomía angelical, un talle de palmera en el desierto, ojos de dulcísimo mirar, aun cuando miren airados.....

Estos y otros pensamientos, disparatadamente aplicados, ocurrieron al jóven poeta y preparado para auxiliar de caballería.

Lo que empezó por curiosidad terminó en deseo y pasion vehemente por aquella sirena del segundo piso con bajo, entresuelo, y primero, y principal, segun el sistema moderno de calificar los pisos.

Don Ruperto llegó hasta el extremo de apostarse en la escalera para ver á la encantadora vecina.

—¿Piensa V. pernoctar ahí?—le preguntaba alguna vez doña Magdalena.

—Pienso hacer lo que me acomode; para eso no pago.

—¡Ay, qué *cívicos* son estos retirados!—murmuraba la señora de aquel piso, y es de suponer que quisiera decir: «¡Qué *cívicos*!», pero no lo decia.

Gedeon enflaquecia por momentos, por más que esto parezca exageracion: á traves de sus orejas pudiera haber leído cualquiera, que supiese leer por supuesto, lo mismo que á traves de un cristal, los anuncios de *The Times*.

Un nuevo é inesperado suceso llegó á turbar la tranquilidad del mozo.

Cierta mañana, cuando Gedeon salia para asistir á una clase imaginaria, inventada por él para justificar ausencias á los ojos de la patrona, y gastos ante la inspeccion paternal, tropezó en la escalera con una muchacha preciosa.

—¡Usted es! ¡Ella! —exclamó loco de júbilo y olvidando que pudiera enterarse D.^a Magdalena.

La jóven se detuvo como espantada.

—¿Es usted?

—¡Caballero! —balbuceó la muchacha.

—¿Baja V. del piso segundo?

—Sí, señor.

—¡Ah, señorita..... señorita..... yo.....

La jóven, creyéndole loco por lo ménos, salió como espantada á la calle.

—¡La he visto, la he visto!—repetia pocas horas despues, hablando con el Sr. D. Ruperto.

—¿Y qué?

—Que es un ángel.

—¿La vecina?

—La misma.

—Pero, caballero, ¿V. no tiene ya acomodo?

—¿Qué acomodo ni qué..... Es rubia, alta, ojos azules, alemanescos; grandes pestañas, aérea, vaporosa..... la he dirigido la palabra.....

—¿Eh?

—Pero no me ha contestado; ha huido de mí la ingrata.

—Era de suponer.

—¿Por qué?

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

—Porque esa mujer me pertenece.
—¿Cómo!
—Como que Dios le libre á V. de rondarla, ni hablarla, ni escribirla, ni....
La voz de la vecina interrumpió el diálogo.
Pero en esta ocasión D.^a Magdalena escuchaba también con atención.
—¿Es divina!
—¿Qué voz!
—¿Dios la bendiga!—añadió la patrona.
—¿Usted también?
—¿Ay, ya lo creo! Con más motivo que ustedes—tartamudeó, y en seguida lanzó un suspiro.
La casa era un infierno: D. Ruperto celaba á Gedeon, éste á D. Ruperto, D.^a Magdalena á los dos, y los dos á D.^a Magdalena.
Por fin amaneció un día nefasto en los años de aquella vecindad.
Acababan de almorzar los huéspedes de D.^a Magdalena: durante aquella mañana no había cantado la hermosa vecina, contra su costumbre.
De repente, se oyó un grito y el murmullo producido por multitud de personas que se agolpaban en la calle delante de la puerta de la casa.
Los huéspedes de D.^a Magdalena se levantaron, y dirigiéndose al balcón, vieron en seguida la causa del tumulto.
En la acera, tendido y, al parecer, exánime, yacía un joven de tipo *delicado*.
Doña Magdalena se asomó también al balcón, y al ver al joven, lanzó un grito agudo y cayó en brazos de D. Ruperto.
—¿Es él.... el ángel!—balbuceó.
Cuando, un tanto repuesta del susto, la interrogaron, respondió:
—Sí, es el dueño de la voz de ángel que á ustedes enamora; mi amor....
—¿Qué es eso de amor?
—¿Señora!—gruñó D. Ruperto—V. es el amor de todo el mundo.
—¿Pero si es imposible! Doña Magdalena no sabe lo que dice....
Sin embargo, decía la verdad.
La vecina del piso segundo era un vecino; un joven tiple, de quien D.^a Magdalena sospechaba ó á quien, mejor dicho, atribuía el propósito de enamorarse de ella.
—¿Un hombre!
—Creo que sí.
—Pero la que yo encontré en el portal....
—Era la novia de ese joven—replicó la portera—que se ha casado con otro ayer mismo.
—¿Novia, novia!—repitió D.^a Magdalena luchando para no desmayarse otra vez.
Y luego añadió:
—¡Infame, traidor! ¡Bien muerto está!
—No, si no estoy muerto—replicó en su voz de tiple el sensible joven.
Y después, limpiándose el polvo de la ropa, dijo, dirigiéndose á los transeúntes:
—Muchas gracias, señores; ya saben VV. dónde tienen su casa.
Dicho esto, trepó escalera arriba, dejando á los circunstantes asombrados.
Decía bien el mozo: no había muerto; su propio testimonio no ofrecía duda.
Para no suicidarse del todo, había bajado desde su habitación á la peluquería, establecida en el piso entresuelo, y desde allí se había descolgado, aprovechando un momento de distracción del maestro.

EDUARDO DE PALACIO.

LA LUNA.

Ya del Oriente en el confin profundo
La Luna aparta el nebuloso velo,
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pié con virginal recelo.

Absorta allí, la inmensidad saluda
Su faz humilde, al cielo levantada,
Y el hondo azul, con elocuencia muda,
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía;
Por himno funeral, silencio santo;
Por solo rumbo, la región vacía,
Y la insondable soledad por manto.

Cuán bella ¡oh Luna! á lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricos tintes de ópalo y topacio
Franjando en torno tu dosel de nubes.

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos, que tu lumbré tiñe,
Y de la noche el iris vaporoso
La régia pompa de tu trono ciñe.

De allí descendiendo tu callada lumbré,
Y en argentinas gasas se despliega
De la nevada sierra por la cumbre,
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
A largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas,

O al pié del cerro do la roza humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea,
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
Vense á tu luz las fuentes y los ríos,
En sus brillantes rocas envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbré difundido ¡oh Luna!
Vuelo, al traves de solitarias breñas,
A los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del desierto reverbera,
Adormecido, nítido y sereno,
Sus montañas pintando en la ribera,
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y éstas son tus mágicas regiones,
Donde la humana voz jamás se escucha,
Laberintos de selvas y peñones,
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada:
Hijas del caos, por el mundo errantes,
Náufragos restos de la antigua nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbré, empero, entre el vapor fulgura;
Luce del cerro en la áspera pendiente,
Y á trechos ilumina en la espesura
El impetu salvaje del torrente.

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal rebosa,
O con la fuente llora, que, perdida
Entre la oscura soledad, solloza.

En la mansion oculta de las ninfas,
Hendiendo el bosque, á penetrar alcanza;
Y alumbrá al pié de despeñadas linfas
De las ondinas la nocturna danza.

Á tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol, ni flor en el desierto agita;
No hay en los seres voz ni movimiento;
El corazón del mundo no palpita.

Muda á mis piés, de palidez cubierta,
La tierra yace. Sólo el alma mía
Bajo el imperio de tu luz despierta
Y por la vasta escena se espacia.

¡Hasta el confin de los espacios hiende,
Y desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se extiende
Por el callado abismo de la nada!.....

El que vistió de nieve la alta sierra,
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
Y de hondo azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios y su poder le asombre.

¡Cruzo perdido el vasto firmamento;
Á sumergirme torno entre mi mismo,
Y se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran....
Los Andes, á lo léjos enlutados,
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados....

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la aurora.

¡Oh Luna, adios! Quisiera, en mi despecho,
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda, al verte, su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzará
Esta que siento imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastará
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

DIEGO FALLON.
(Colombiano.)

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Continuacion.)

CAPÍTULO X.

Tristes consecuencias.

VOLVAMOS á ocuparnos de Blanca, á quien hace algun tiempo tenemos olvidada y á la que dejamos en tan crítica situación.

Dijimos que estaba como sumergida en un profundo sueño cuando Anselmo se retiró de su lado y entró D. Pedro de Vargas en el saloncito que servía de recibimiento; pero no era así, y solamente se hallaba doblegada por la fiebre y sus tristes pensamientos.

De repente incorporóse sobresaltada: había oído una voz de hombre hablando con su tío, y al pronto creyó que sería Enrique; pero conoció que se había engañado, y no pudo menos de suspirar, apoyando otra vez su hermosa cabeza sobre la almohada.

Aquella voz, que tanto efecto le había causado, no sólo

seguía hablando, sino que había pronunciado su nombre y el de Enrique: volvióse á incorporar, y avanzando algo el cuerpo, probó á escuchar lo que decían en la habitación inmediata.

Recordarán nuestros lectores la conversacion de D. Pedro y Anselmo: pues bien, toda ella fué escuchada, sin perder una sílaba, por Blanca, que, pálida y temblorosa, apenas podía resistir su emocion al escuchar la descripción que de su dicha pasada hacía su tío; descripción que llevaba á su mente un mundo de recuerdos de verdadera felicidad.

Aquellas frases, que se fijaban en su corazón desgarrándolo; la debilidad, la fiebre y la postura violenta que tenía, fueron produciendo en su organismo tal efecto, que la pobre niña creía cercana su muerte; no quería, sin embargo, dejar de escuchar, lo que hacía con creciente atención.

—Es el padre de Mercedes—murmuraba;—viene á enterarse de cuál ha sido la vida de Enrique en el pueblo, para saber á quién entrega su hija; es natural que quiera saberlo.... ¡y dijo que iba á venir á las diez!.....—proseguía luego variando de idea.—¿Cómo era posible!

Todos estos pensamientos se sucedían rápidamente en su cerebro mientras escuchaba á su tío.

Oyó luego hablar á D. Pedro, y fué tanta su sorpresa á la petición de éste; tal el contraste que formaron aquellas palabras con los sentimientos que entonces agitaban su alma, que no pudo resistirlo su naturaleza, y cayó pesadamente sobre el lecho, perdido el conocimiento.

A los gritos de Anselmo, al verla de este modo, acudieron varios criados de la fonda, y uno de ellos corrió otra vez en busca del médico, mientras el afligido anciano ponía por obra todo aquello que le sugería su imaginación para hacer volver en sí á su sobrina.

Pero todo era inútil; Blanca seguía desmayada.

No tardó el médico en llegar, y á los auxilios prestados por la ciencia, volvió la vida á aquel cuerpo exánime; pero fué para hacer sufrir más duro golpe al corazón de Anselmo: con la vida no había vuelto la razón, sino un delirio horrible, que la impedía conocer á nadie.

El médico dijo que era necesaria una mujer para cuidar á aquella niña, y se mandó buscar una hermana de la Caridad, que acudió presurosa, como hacen siempre estas santas mujeres cuando las llama el sufrimiento ó el infortunio.

El buen Anselmo no se atrevía á preguntar el estado de Blanca; creía que era muy grave, y tenía miedo de escucharlo así de los autorizados labios del médico.

Pero éste, que veía la ansiedad retratada en la fisonomía del anciano, quiso desvanecerla en parte diciendo:

—No hay que apurarse; esto pasará, y en seguida ya harémos por volver la salud á esta niña.

—¿De modo—repuso Anselmo anhelante—que no hay gravedad?

—No la hay hasta el punto de desesperar: yo vendré esta tarde, y ya podré hacer el pronóstico con más conocimiento de causa.

Salió el médico cuando llegó la hermana de la Caridad, y ésta instalóse en el cuarto de la enferma, demostrando tal cuidado y solicitud, que Anselmo daba gracias á Dios de que estuviera al lado de su sobrina, en tan tristes circunstancias, una mujer como aquella.

A las tres de la tarde llamaron á la puerta exterior; fué Anselmo á abrir, y era Enrique.

Este estaba pálido y triste. Anselmo, al verlo, le tendió la mano, que el joven estrechó con efusión.

—¿Y Blanca?—fué su primera pregunta.

—¡Muy mal, Enrique, muy mal! Mi pobre sobrina creo que esta herida de muerte—dijo Anselmo asomando las lágrimas á sus ojos.

—¿De muerte?.... No: Dios no querrá arrebatar un ángel como ése á los que tanto le aman. ¿Dónde está? ¿puedo verla, Anselmo?

—Sí; tal vez la presencia de V. le haga algun efecto, pues de los demás no conoce á nadie.

—¡Oh, vamos, vamos, que yo la vea!

Entraron Anselmo y Enrique en el aposento de la enferma y se acercaron á su lecho, pero inútilmente; Blanca pronunciaba palabras incoherentes, con los ojos extremadamente abiertos, y no conoció á los que estaban á su lado.

—Háblela V.; tal vez su voz haga lo que no ha podido hacer su presencia—dijo Anselmo.

—¡Blanca! ¡Blanca!—exclamó Enrique, apoderándose de una de las manos de la niña:—¡soy yo! ¡Enrique! ¿no conoces mi voz?

—¡Enrique!—dijo ella, girando su vista espantada, sin fijarla en ninguna parte.—¡Enrique ha muerto para mí! ¡se va á casar, y se va á casar con otra! ¡Hace bien! ¡es muy hermosa! ¡vale más que yo!

—¡No, Blanca, no; más que tú no vale nadie! ¡mirame! ¡si estoy á tu lado!—dijo Enrique.

—¡Ah, no; eso es por no hacerme sufrir! ¡si lo sé todo! ¡se casa con Mercedes! ¡con Mercedes Vargas!

—¡Dios mio, está loca!

—No: está delirando—dijo Anselmo.

—Y ¿qué hacer?

—¡Qué sé yo! El médico dice que hasta que pase la crisis nerviosa en que se halla no puede determinar.

—Yo no me moveré ya de aquí; quiero que á la primera persona que vea, al volver de ese delirio, sea á mí.

Y en efecto: Enrique, durante tres días, apenas salió de las habitaciones de Anselmo y Blanca.

El médico iba dos veces todos los días, y nadie descansaba un momento en aquella casa.

Al cuarto día pasó Blanca la noche más tranquila, y al amanecer la sobrecogió un sueño dulce como el de un niño.

Cuando los primeros rayos del sol entraban por el balcón, Enrique se sentó á la cabecera de la cama; á su lado estaba Anselmo, y enfrente, la hermana de la Caridad; todos guardando el sueño reparador de la enferma, y no atreviéndose ni aun á hablar por no interrumpirlo.

Inmóviles, y cada uno entregado á sus pensamientos, permanecieron hasta las diez de la mañana, hora en que Blanca lanzó un suspiro y abrió los ojos, que giró en derredor con asombro.

—¡Blanca, Blanca mía!—gritó Enrique.

—¡Cómo! ¡Enrique! ¿V. aquí?—dijo la niña con voz apenas perceptible.

—¡Gracias á Dios!—exclamaron todos.

—¿Dónde querías que estuviera más que á tu lado?—dijo Enrique.

Anselmo y la hermana de la caridad rodearon también el lecho de Blanca, brillando en todos los ojos la alegría por haber desaparecido aquel delirio, que tanto daño les causaba.

—¡Tío mío!—dijo Blanca tendiendo la mano á Anselmo, que la besó mil veces.

—¡Hija de mi alma, gracias á Dios que me hablas! ¡gracias á Dios, que me conoces y que no veo en tus miradas lo que tanto me ha hecho sufrir.

—Pero ¿qué he tenido?

—¡Has estado muy mala, hija mía; llevas cuatro días delirando y sin conocer á nadie!

—¡Blanca!—decía Enrique—¿ya no me haces caso? ¿ya no quieres hablarme?

—Si, Enrique; pero ¿á qué se debe que esté usted aquí?

—¡Oh! deja por Dios ese ceremonioso *usted*, que nunca ha existido entre nosotros: habla como has hablado siempre al que va á ser tu marido.

—¿Usted?... ¿tú?... y en las pálidas mejillas de Blanca asomó un ligero tinte de grana.

—Yo, sí; ¿no lo sabías aún?

—Pero... y....

Aquí se detuvo y se ruborizó aún más.

Iba á pronunciar el nombre de la hija de Vargas, cuando acudió á su mente el recuerdo de la conversacion escuchada entre D. Pedro y Anselmo.

—¡Oh! no, Blanca—dijo Enrique, adivinando su pensamiento;—nadie más que tú será mi esposa, y lo será en seguida que quiera Dios ponerte buena, que le pediré con toda mi alma que sea pronto.

En los ojos de Blanca brilló un relámpago de inefable felicidad; pero desvaneciéndose en seguida, y dibujaron sus labios una triste sonrisa.

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

REVISTA DE MODAS.

Paris, 8 de Julio.

¿Quién no conoce esos canastillos de mimbre calado que sirven para trasportar las fresas? Tal es el sombrero que hoy se disputan nuestras elegantes. Es verdad que el canasto en cuestion está imitado de caoutchouc, figurando con perfeccion admirable las varillas de mimbre entrelazadas. Se le ribetea de cinta; se echa encima un puñado de cerezas, de grosellas ó de uvas; una banda ligera de gasa crespada, pasada por encima al traves, para anudarla, si se quiere, y así dispuesta, nuestras parisienses se lo arrancan de las manos: es un furor, una mania.

He visto uno de esos que llaman sombreros, adornado con un bonito limon, que parecia plantado allí naturalmente entre las verdes hojas. La idea, por demasiado original, es inverosímil. No me extrañaria ver el dia ménos pensado una maceta de flores, una ensaladera ú otro objeto por el estilo coronando estos singulares sombreros.

La simple capelina de encaje y tul ó crespon fruncido sobre alambre es mucho más graciosa, más femenina. Para playa, no hay nada de mejor gusto que el sombrero grande de paja Manila, blanca ó color crudo, con alas casi planas, forradas de terciopelo negro, y copa alta rodeada de una banda grande de gasa clara, con largos picos flotantes, que semejan algo la toca de los oficiales ingleses del ejército de la India.

Otros dos modelos graciosos: el sombrero redondo, bastante grande, de paja color de centeno, más dorado que el beige, pero más suave de tono. Por encima, unas plumas del mismo color y una paloma atada á un lado con un collar de brillantes de imitacion. El otro modelo á que me referia es de paja marron dorada, con gran cantidad de caracollidos de varios matices.

He dicho ya en otra de mis revistas que se hacen bastantes trajes de paño fino y ligero para viajes y playa. Las faldas son sumamente sencillas, y el corpiño es un chaqué adornado de trencilla. Pero lo que más me ha llamado la atencion en este género es un traje muy original para pasearse por las playas. Falda de lanilla azul marino oscuro, plegada á lo largo, ribeteada, á la altura de una mano próximamente, de varios galoncillos de crin blanca, anchos y estrechos.

El corpiño, ajustado en la cintura, forma hasta media falda una especie de blusa de marino, vuelta y formando bolsa, como si estuviera sujeta en la cintura por debajo. Esta forma es muy sencilla y, sin embargo, no es fácil de explicar. Sobre el pecho caen los picos de un cuello á la marinera, muy largo y adornado con los mismos galoncillos, cuyo cuello, cuadrado en la espalda, se abre por delante sobre un chaleco de piqué azul y blanco. Es absolutamente el traje de gala del marino, adaptado á la *toilette* femenina.

Una excelente combinacion para variar los trajes consiste en la falda de encaje de Chan-

tilly ó de guipur de Lyon, negra ó blanca, hecha con dos volantes anchos, fijados sobre un tul invisible, y que se ponen sobre transparentes de colores distintos. El encaje viste siempre tan bien y de un modo tan elegante, que no creo pase de moda en algun tiempo.

Para los trajes de calle, cuando no se quiere salir en cuerpo ó hacerse la ilusion de que se lleva un abrigo, se echa sobre los hombros una esclavina muy corta, que llega un poco más arriba del codo, y que suele ser de tul negro, casi completamente cubierta de azabache, ribeteada de un encaje y cerrada con un lazo flotante.

Esta misma forma de esclavina, ajustada con dos pinzas en los hombros, se hace toda de encaje negro, fruncido apenas y puesto siempre sobre un fondo de tul. Las manteletas revisten hoy mil formas tan variadas, que indicarlas siquiera es tarea difícil. La más sencilla es la esclavina con picos más ó ménos largos, más ó ménos adornada de azabache, de encaje plegado y abalorios. Para comenzar la futura estacion de otoño, dícese que la manteleta, hecha de paño y bordada de trencillas, precederá á los largos abrigos y paletós ajustados; pero no es posible afirmar aún nada de positivo.

Una prenda que se llevará mucho, y que se ha llevado ya durante los dias frescos del mes de Junio, es la chaqueta de húsar, modelo exacto, adaptado al talle femenino. Esta prenda militar se hace de paño fino azul, de ese azul gris usado de tiempo inmemorial por los húsares, y se la adorna con cordones gruesos, formando *trèfles* (tréboles) y ribeteando las costuras. Esta chaqueta se lleva en cuerpo, con faldas de lanilla lisa, escocesa ó seda de rayitas.

V. DE CASTELFIDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.689.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras á la 1.ª edicion de lujo.)

Traje de playa. Vestido de batista de lana color de rosa muy pálido. El delantero de la falda corta es de cañamazo color de rosa, y su borde inferior va guarnecido de tres volantes de encaje crudo. El delantero del corpiño es de raso color de rosa pálido, y su borde inferior va adornado con un rizado de encaje crudo. Un rizado igual adorna el escote. Sobre este delantero de raso se adapta una chaqueta muy abierta, hecha de batista de lana color de rosa, cuyo contorno va adornado con un encaje crudo puesto de plano. Entre los dos faldones de la chaqueta pasa un *pouf*, que forma parte de la túnica, de batista color de rosa. La chaqueta va sujeta con un cinturon de la misma tela. Sombrilla muy grande de tafetan crudo, forrada de tafetan color de rosa y guarnecida de encaje crudo. Sombrero de batista color de rosa, guarnecido de encaje crudo.

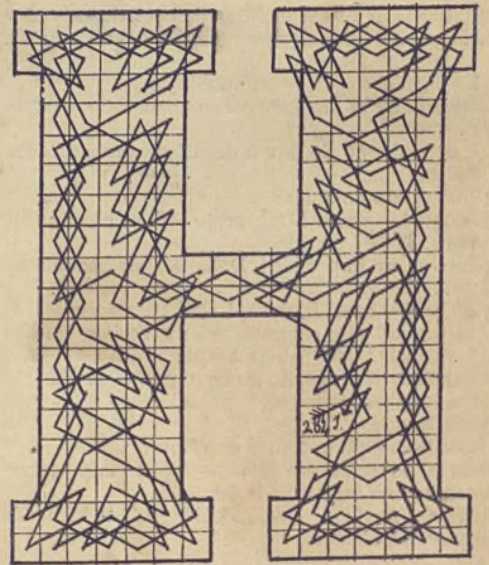
Traje de paseo. Vestido de moaré color de polvos de oro, gasa del mismo color y terciopelo otomano color de musgo. La falda, de moaré, es corta y enteramente plana, y va guarnecida en su borde inferior con un rizado grueso hecho de encaje blanco, el cual forma como una quilla en el lado derecho del vestido. Banda de gasa del mismo color (polvos de oro), con racimitos color de rubí y color de musgo. Chaleco de moaré. Chaqueta *Figaro*, de terciopelo

lo otomano color de musgo. Medias y zapatos del mismo color. Sombrero redondo de paja amarilla, forrado de faya musgo.

SOLUCION AL SALTO DE CABALLO

DEL NÚM. 23.

Un primoroso jardín
Era mi gloria y mi dicha;
Bañaba el sol sus matices,
Y el céfiro los mecía;
Las rosas entre azucenas
Su hermoso callz erguian,
Y en vistosa competencia
Más brillantes parecian.
Pero un día del estío
El torbellino, que agita
La tormenta más horrible,
Mis verjeles arruina:
La rosa con la azucena
Desfallece y se marchita,
Y sus copas, enlazadas,
Pierden á un tiempo la vida.
Yo, que en su grato cultivo
Cifrabá toda mi dicha,
Desde aquel crudo momento
Nada embelesa mi vista,
Que en la azucena y la rosa
Está de continuo faja....
Si así enlazadas murieron,
¿Debo yo guardar la vida?



La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Cármen Hontañón.—D.ª Elena Fernandez.—D.ª Elena y D.ª Rosario Díez y Llaudeal.—D.ª Dolores Juan y Company.—D.ª Asuncion Gonzalez de Santalla.—Stas. de Muñoz y Tanjeda.—D.ª María Pujol y Aldaz.—D.ª Emilia Albelda.—D.ª Teresa Ausaldo de Dallas.—D.ª Luisa del Riego.—D.ª Luisa de Mazariego.—Stas. de Codina.—D.ª Dolores Montaner.—D.ª Ana María Herrera.—D.ª Gracia Palop Aparicio.—D.ª Rafaela Granado.—D.ª Ramona Madina y Lúsas.—D.ª Arsenia Rodriguez.—D.ª Josefa Postigo.—D.ª Encarnacion Alcalá de Anadru.—Doña Avelina Otero.—D.ª Concepcion Gandul de Perez.—D.ª Juana Terrosa.—D.ª Elisa Martinez.—D.ª Margarita Villante.—D.ª Mercedes Martinela de Delgado.—D.ª Sensitiva Querubin.—D.ª Consuelo Garcia y Cienfuegos.—D.ª Dolores Rute.—D.ª Teresa Alvarez del Pinar.—D.ª Carolina Desada.—D.ª Antonia Espía de los Linderos.—D.ª Cármen Camacho de Penas.—D.ª Augusto Rubio y D.ª Antonio Cantina.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M^{mes} de Vertus sœurs, 12, rue Aubert.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

EL OLEOCOME de E. COUDRAY, perfumista en Paris, 13, rue d'Enghien, conserva por un tiempo indefinido el cabello y le da un brillo y una flexibilidad incomparables. No es extraño, pues, que su inventor haya obtenido en la última Exposicion Universal de Paris las más altas recompensas por todos los productos de su casa. (Véase el anuncio en la cubierta.)

ADVERTENCIA.

Siendo numerosas las Sras. Suscriptoras que diariamente nos hacen encargos de marcas con letras y atributos especiales y para determinados objetos, la Administracion se ve en el caso de hacerles presente la dificultad que existe para complacerlas en la mayor parte de los casos, porque nuestras hojas de dibujos y bordados deben ofrecer forzosamente elementos de una aplicacion general, que puedan utilizar *todas* las Sras. Abonadas, lo cual se haria absolutamente imposible si hubiéramos de llenarlas con cifras y atributos que sólo puede aprovechar la persona á quien particularmente interesan, con perjuicio de las demas, y de la misma Empresa, que se veria imposibilitada de dar á esas hojas la variedad y el interes que tienen derecho á exigir nuestras favorecedoras.

VINAGRE DE TOCADOR

DE

JEAN-VINCENT BULLY

67, calle Montorgueil, en Paris

MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES
PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputacion universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distincion y suavidad de su perfume, sino también á sus propiedades sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VICENTE BULLY ha adquirido, además, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiarlo.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO



VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, Paris).



R

Gilquin imp. Paris.

Nº1689

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas.12,pral

MADRID

Perfumeria de lujo. Guertain. 15, rue de la Paix. Paris.

Faja Regente B.^{ta} & Corsé Ana de Austria de M^{ms} de Vertus. 12, rue Aubor. Paris.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA